

¿COMO NARRAR EL TRUJILLATO?

POR

NEIL LARSON
Northeastern University
(Boston)

INTRODUCCIÓN: «... COMO UNA PESADILLA EN EL CEREBRO DE LOS VIVOS»

Según nos dice la realidad política oficial, el trujillato ha pasado a la historia. No obstante, el hecho de que ciertos sectores de la opinión privada más reaccionaria sigan añorando los días del jefe, los parámetros del consenso público «legítimo» en Santo Domingo, por más provisionales que sean, se conforman con excluir tales nostalgias. Pretender una política legítima en la sociedad dominicana actual es, desde luego, negar toda complicidad con la noche larga de 1930-1961.

Pero detrás del velo de verdades oficiales, la imagen espectral de Trujillo y la vida cotidiana bajo su régimen de fascismo paternal también se niega a desaparecer. El retorno al poder gubernamental del neotrujillista Joaquín Balaguer, en 1986, es tal vez el más obvio síntoma de esto. Mientras tanto, los genocidios del terror blanco en países vecinos como Guatemala y El Salvador —recientemente puestos a la vista del público mundial gracias al «interés» del Estado norteamericano por aplastar las insurgencias populares en esa región— sin duda han hecho recordar atrocidades parecidas a varias generaciones de dominicanos o, por lo menos, a los que alguna vez han podido olvidar. Pero, después de todo, la vida sin Trujillo, para lo que es probablemente la gran mayoría de los dominicanos, no ha cambiado tanto. Es evidente que los valores expropiados a lo largo de treinta años no han sido devueltos a los que fueron desposeídos a lo largo de muchos años más. Una expropiación quizá más discreta continúa sin grandes interrupciones, produciendo niveles de sufrimiento que el mismo tirano no hubiera podido excusar con facilidad. La represión abierta, aparentemente, ha adoptado formas más sutiles en ciertos

sectores sociales. Pero aquí tampoco hay motivo para la complacencia. La política de «contrainsurgencia» en Centroamérica tiene una lógica terrorista que va mucho más allá de los países directamente afectados. Vale recordar que Trujillo nunca tuvo monopolio en el terror. Los autores Chomsky y Herman, en su libro *The Washington Connection and Third World Fascism*¹, citan un informe hecho en 1971 por Norman Gall en el que se alega que el número de asesinatos políticos asociados con fuerzas gubernamentales dominicanas, en el período posterior al sesenta y cinco, supera cualquier período comparable bajo el propio dictador.

Esta persistencia fastidiosa de un pasado trujillista que, a pesar de su aire arcaico irremediable, se niega a aflojar su apretón en el presente, parece reflejarse en un también obstinado, aunque poco discutido, fenómeno literario. Me refiero a lo que yo considero como la falta de un definitivo y bien desarrollado retrato narrativo y artístico de la época de Trujillo. Probablemente no hay una sola obra literaria narrativa dominicana escrita a partir de los años treinta que, pretendiendo un realismo mínimo, no aluda o al mismo Trujillo o a las varias manifestaciones de su poder. Pero en su dimensión integral el rostro histórico de este período, su configuración radical en la imaginación de una subconciencia tanto popular como intelectual, ha quedado fragmentado. El trujillato parece estar suspendido en la mente de la sociedad actual como contenido vivido, pero sin forma adecuada, representado, en el mejor de los casos, como un sinnúmero de anécdotas sensacionales ensartadas en el hilo biográfico del propio dictador. A pesar de que la historiografía reciente haya superado esta tendencia hacia lo puramente biográfico y anecdotal, logrando rescatar de la «sombra del caudillo» muchos de los desarrollos objetivos más consecuentes de los años 1930-1961 (véase, por ejemplo, a Cuello *et al.*)², tales logros parecen limitarse a una esfera netamente

¹ Noam Chomsky y Edward S. Herman, *The Washington Connection and Third World Fascism*, vol. I de *The Political Economy of Human Rights*, 2 vols. (Boston: South End Press, 1979). Se han consultado, además, para los fines documentales de este trabajo, las siguientes obras: Juan Bosch, *Trujillo, causa de una tiranía sin ejemplos* (Caracas: Librería Las Novedades, 1959); Robert D. Crassweiler, *Trujillo, the Life and Times of a Caribbean Dictator* (New York: Macmillan, 1966); Franklin J. Franco, *Santo Domingo: cultura, política e ideología* (Santo Domingo: Editora Nacional, 1979); Jesús de Galíndez, *The Era of Trujillo*, ed. de Russell H. Fitzgibbon (Tucson: University of Arizona Press, 1973), y Angel Rama, *Los dictadores latinoamericanos* (México: Fondo de Cultura Económica, 1976).

² José Israel Cuello, Roberto Cassá y Rubén Silié, «Cincuenta años de historia dominicana», en *América Latina: historia de medio siglo*, vol. II de *Centroamérica y el Caribe*, 2 vols., ed. de Pablo González Casanova (México: Siglo XXI, 1981), pp. 467-498.

analítica. Así que el nexo vivo y sentido entre pasado y presente, la representación del pasado como, en las palabras de Georg Lukács, «la precondición concreta del tiempo actual»³, no es obra de la academia exclusivamente, sino de la propia cultura, sobre todo en su aspecto literario. Pero la situación de la sociedad y de la cultura dominicana, concebida en su dimensión más ampliamente subjetiva, parece bloquear de manera oscura este proceso de historización colectiva, al mismo tiempo que lo plantea con insistencia.

Tal, por lo menos, es la tesis que queremos investigar, breve y provisionalmente, por medio de una lectura crítica de dos textos narrativos notablemente diferentes: *Una gestapo en América* (1941), de Juan Isidro Jimenes Grullón⁴, y *De abril en adelante* (1975), de Marcio Veloz Maggiolo⁵.

¿Por qué esta selección? Con respecto al libro anterior, nuestro criterio ha sido la convicción (que tal vez se puede acusar de subjetivista) de que la narrativa de Jimenes Grullón es a la vez la mejor, la más influyente y la más tipificadora de las pocas obras escritas durante los años del trujillato que no seguían fines estrictamente panfletarios. Claro está que *Una gestapo en América* también tiene su lado puramente propagandístico, pero comparándola con las dos novelas realistas más conocidas que tratan de su mismo período —*Over* (1940), de Ramón Marrero Aristy (identificada como pro-trujillista), y *Cementerio sin cruces* (1949), de Andrés Requena, el exiliado anti-trujillista asesinado en 1952—, la narrativa no-ficticia de Jimenes Grullón se destaca por un realismo histórico de mucha más dimensión.

La selección de la obra de Veloz Maggiolo quizá requiere menos explicación. De los varios textos literarios enfocados en el trujillato y escritos después del sesenta y uno, *De abril en adelante* es probablemente el de más renombre. Otras dos novelas de Veloz —*Los ángeles de hueso* (1967) y *La biografía difusa de Sombra Castañeda* (1981)— también aluden insistentemente al dictador, pero dentro de un discurso «mágico» y de inspiración antropológica y psicológica que las aleja de nuestro interés argumentativo. En el caso de los dos otros narradores contemporáneos dominicanos de mayor peso e influencia —Juan Bosch y Pedro Mir—, los

³ Georg Lukács, *The Historical Novel*, trad. de Hannah y Stanley Mitchell (Lincoln: University of Nebraska Press, 1983), p. 21.

⁴ Juan Isidro Jimenes Grullón, *Una Gestapo en América*, 8.ª ed. (Santo Domingo: Editora Alfa y Omega, 1981). Todas las citas se dan por esta edición y la página entre paréntesis.

⁵ Marcio Veloz Maggiolo, *De abril en adelante* (Santo Domingo: Biblioteca Taller, 1975). Todas las citas se dan por esta edición.

largos años de exilio durante las décadas del trujillato aparentemente han tenido su efecto en dificultar hasta ahora las síntesis épicas (si no histórico-analíticas) que casi son —sobre todo en el caso de Bosch— de esperar. Es de notar aquí que la novela de Mir, *Cuando amaban las tierras comuneras* (1979), salta de 1916 a 1965, con el motivo de construir un paralelismo histórico y estético, dejando el trujillato casi en sombras.

I. «UNA GESTAPO EN AMÉRICA»: LA HISTORIA DE UN FASCISMO DECIMONÓNICO

Una gestapo en América es lo que hoy llamaríamos un libro de testimonio, de acuerdo con un género literario que se ha hecho popular en las dos últimas décadas a través de los muy leídos diarios de Ernesto «Che» Guevara (y muchos libros de testimonio revolucionarios inspirados por ellos), de las «novelas» testimoniales del sociólogo-autor Miguel Barret y de las muchas historias recientemente escritas por víctimas y sobrevivientes del fascismo en el Cono Sur. Lo que hay de nuevo en este género no es, desde luego, el hecho de su producción —la historia literaria de Latinoamérica conoce muchos libros de testimonio, sobre todo las crónicas de la época colonial—. Nuevo, sí, es tal vez el procedimiento de acordarles a estos textos un *status* literario y estético como *narrativas*, sin preocuparse por su propósito supuestamente documental. Se ha argumentado, a lo mejor con mucha razón, que la creciente publicación y aclamación crítica de la literatura testimonial ha tenido el efecto saludable de introducir a un ámbito literario e intelectual una serie de voces y perspectivas sociales e históricas típicamente excluidas de las tradiciones más bien «beletristas» de la ficción propiamente dicha.

«Literario» o no, sin embargo, *Una gestapo en América* ha contribuido, de manera inequívoca, a la tarea de exponer ante un lector dominicano y latinoamericano los extremos del fascismo alcanzados ya en los primeros años del régimen trujillista. La primera edición dominicana del libro, que apareció en el año 1962, cuando ya muchos de los secretos celosamente guardados por el régimen iban sacándose a la luz, es particularmente importante en este contexto histórico. El testimonio de Jimenes Grullón representa, y tal vez tipifica, las múltiples historias que desde la caída de Trujillo han dado contorno al retrato del trujillato como época de corrupción y violencia aberrantes, desde luego estigmatizada por lo que parece haber sido una fuente inagotable de malicia.

Escrito poco después de haber salido de la prisión el autor (miembro

de un grupo de principales santiagueños, arrestados por conspirar contra Trujillo gracias a la traición de varios cómplices) y de haberse exiliado en 1935, *Una gestapo en América* hace el recuento de una secuencia de abusos vistos y sufridos por Jimenes Grullón a partir de su encarcelamiento en 1934. El libro refiere detalladamente los días de trabajo forzado en la prisión de Nigua (construida por los *marines* durante la ocupación), el traslado al ambiente un poco menos severo de la Fortaleza del Homenaje en Santo Domingo, juicio y condena, una corta vuelta a Nigua y, finalmente, una especie de «indulto», en octubre de 1935. Pero, como indica el subtítulo entre paréntesis (*Vida, tortura, agonía y muerte de presos políticos bajo la tiranía de Trujillo*), lo narrado es menos el testimonio personal del narrador que el de una fraternidad extensa de presos, cuyas muertes, por ejecución o una combinación de tortura, trabajo excesivo y enfermedad, son cuidadosa y patéticamente reveladas. Y aunque Jimenes Grullón interrumpe repetidamente la narración para expresar sus pensamientos particulares sobre una gran variedad de asuntos políticos, sociales, psicológicos y filosóficos, también se cuida de reproducir los comentarios y disensiones de muchos ex compañeros de celda. Total, que una narrativa que es, en su aspecto principal, un recuento diacrónico del encarcelamiento del autor, a menudo se vuelve un diálogo extendido y cuasi-platónico, en el que Jimenes Grullón se asoma como el maestro socrático de una dialéctica clásica. Menos frecuente es la reconstrucción de ocurrencias no presenciadas por el autor, sino comunicadas a él por otros presos o por los mismos centinelas. Curiosamente, es aquí donde Jimenes Grullón hace mejor muestra de su capacidad de dar forma dramática y épica al contenido «testimonial». El episodio referido en el índice como «Aventura, persecución, suicidio y macabras exequias póstumas de Enrique Blanco» (pp. 144-147), es un buen ejemplo de esto, como son los detalles emocionantes del fusilamiento de un sindicalista argentino (pp. 222-223) y de un preso común conocido como «el Ciclón» (p. 328). Estos y otros sucesos, representados con un mínimo de lenguaje adjudicativo y condenatorio, de veras «hablan por sí mismos».

Sin embargo, el retrato histórico del trujillato que se plasma en estas páginas es curiosamente superficial. A pesar de numerosos y largos intentos de explicar el poder ejercido por Trujillo sobre la sociedad (algunos de ellos bastante agudos, como veremos), Trujillo y su pandilla de lacayos y sicofantes son representados como salidos todos de un mal que trasciende los hechos específicamente históricos, o que existe al margen de ellos, explicable (si es que se puede explicar) sólo en función de la anomalía patológica del dictador (pp. 214-215). El propio Trujillo es presentado, por un lado, como un tipo de loco casi cómico (el *miles glo-*

riosus) enterrado bajo un surtido exótico de medallas y regalías imperiales:

Observémoslo en el desenvolvimiento de sus diarias y más visibles proyecciones... ¿Qué acusan éstas? En primer término, un delirio de grandeza tan intenso que sólo es comparable al de los paralíticos generales; en segundo lugar, un desorbitado amor a la ostentación, al fasto, las condecoraciones [...] Nada más extravagante y risible que verle aparecer en los actos públicos con el chaleco y la solapa del saco escondidos tras la plétora de condecoraciones; y comprobar cómo el ruido de sus pasos naufraga en el polifónico chocar de los metales que lleva encima (p. 215).

Por otro lado, es un Satanás gigante y dantesco, devorando a sus víctimas en medio de un paisaje de sangre y fuego (p. 243). Fiallo, Leger y los demás secuaces son las extensiones de esta maldad de caricatura, a pesar de que el autor y sus compañeros parecen tener una muy clara conciencia teórica de la necesidad de explicar de modo objetivo el servilismo de tantos compatriotas.

Sería injusto, claro, descontar una tendencia a empobrecer y quitarle perspectiva histórica al texto, resultado de las propias circunstancias exteriores de su producción. Pocos individuos en aquel entonces, tal vez ni el mismo Trujillo, hubieran podido predecir el grado de penetración y atrincheramiento de un poder visto por muchos de sus contemporáneos como una usurpación pasajera. Agregando a esto la prisión y subsecuente exilio del autor, su aislamiento efectivo de las realidades más cotidianas y menos sensacionales del trujillato —un conjunto de circunstancias que, hasta cierto punto, ayuda a explicar la pobreza general y el carácter fragmentario de la literatura sobre este período— y la falta de dimensión histórica, parece todo cosa natural.

Pero, como es el caso siempre, los factores que más circunscriben y obstaculizan el texto son intrínsecos a ellos, en la forma de sus premisas y silencios ideológicos —estableciendo la ligazón interna entre el texto y una perspectiva determinada de clase—. Si el trujillato se plantea como un fenómeno, después de todo, resistente al mecanismo historizante y narrativo del libro de Jimenes Grullón —como un estado histórico de «excepción», dando a pensar en la repetición de una «barbarie» pasada, en vez de un nuevo desarrollo de la «civilización» actual—, ¿no es esto el resultado de las auto-ilusiones en el seno de la postura oposicional del propio autor? El trujillato no puede colocarse en la historia actual, porque el sujeto opositor que lo contempla sigue contemplándolo desde un punto en el pasado. Los modelos discursivos de *Una gestapo en América*, si los

hay, se habrán de buscar en el liberalismo decimonónico. Los ecos de Hostos y Martí se escuchan claramente y el autor no deja de reconocerlos como tales. Menos audibles, quizá, pero no menos autoritativos, sin embargo, son los credos iluministas del *Facundo* de Sarmiento y las narraciones trágicas, realistas o sentimentales de Echeverría y Mármol. El Trujillo de *Una gestapo en América*, no obstante la alusión al fascismo moderno en su título, es un tirano del siglo XIX, execrado por mártires heroicos forjados en un molde neorromántico.

Nada de esto nos debe asombrar, ni mucho menos desengañar, dado el origen de clase del autor y lo que era todavía en ese tiempo el carácter elitista de su oposición a Trujillo y a su respaldo norteamericano. Claro está que una nueva politización de Jimenes Grullón, medida en su identificación con el marxismo-leninismo, no tardaría mucho. Los indicios de esta evolución ya se dejan vislumbrar claramente en las digresiones «platónicas» del texto, en las cuales Jimenes Grullón sostiene lo que es, a veces, una posición ideológica que lo distancia mucho de su inicial liberalismo de élites. (Hasta qué punto esto puede ser resultado de astutas revisiones *post factum* del texto, hechas para consagrar las opiniones del autor de un aura pseudo-profética, es motivo de legítimas dudas.) Su crítica a la estrategia opositora, seguida por él y sus compañeros de lucha, tiene su máxima expresión hacia finales del libro:

Se orientó al atentado personal sin preocuparse de señalar los trabajos que debían inmediatamente sucederle para garantizar la liquidación del régimen y el advenimiento de un gobierno popular. En consecuencia, el éxito de la empresa dejaba sin resolver la incógnita del porvenir... Ello denunciaba a las claras que el movimiento obedecía, cardinalmente, al estado de desesperación en que se vivía y se vive y no al afán de producir la transformación revolucionaria de los métodos e instituciones político-sociales. Esta falla nacía de la procedencia y actitud de los organizadores, hombres casi todos atados al caudillismo y a la ideología democrático-liberal del siglo XIX. Unos y otros pertenecían —salvo algunas excepciones— a los partidos políticos del pasado, que la dictadura procuraba destruir. La raíz del movimiento era, pues, de tipo arcaico... El aparecía como una sacudida —tal vez la última— del tradicionalismo político en pleno ocaso... Como Trujillo era fruto de ese tradicionalismo, la lucha adquiriría un sentido de pugna entre el padre indignado y el hijo monstruoso y traidor (pp. 301-302).

Aun si las consideráramos fruto de un *post scriptum*, es notable la penetración dialéctica de estas palabras. Pero todavía más notable es la casi total discrepancia entre este análisis y la configuración narrativa neorromántica dentro de la cual se encaja. Al momento de terminar la prueba

más dura de su vida, Jimenes Grullón, aparentemente, es compensado por una iluminación de naturaleza autocrítica, que debe permitirle ver más allá de los conceptos fetichistas del poder y desenmascarar sus verdaderos rasgos históricamente determinados. Pero la iluminación no da tanta luz: la historia contada por el iluminado, a pesar de ser dramáticamente coherente y satisfaciente y de expresar una gran honestidad personal, es falsificada por su propia reflexión teórica.

II. «DE ABRIL EN ADELANTE»: UN PARADIGMA EN BUSCA DE SINTAGMA

A primera vista, la «proto-novela» *De abril en adelante*, de Marcio Veloz Maggiolo, no da la impresión de relacionarse mucho con estos asuntos. Como una empresa bastante contemporánea de experimentación en los propios modos formales de la narración novelística, con sus deudas con la obra de Cortázar, la obra de Veloz parece querer destacar, en vez de solucionar, los problemas de representación historicista que hemos considerado con respecto a Jimenes Grullón.

Sin embargo, esta novela, en la medida en que es posible identificar un empuje ideológico inconfundible que se cuaje en medio de los muchos episodios aleatorios y fragmentados, al final me parece no dejar de insistir en su propia capacidad de comentar sobre la Revolución de Abril y los varios conductos históricos que dan en ella. De mayor importancia entre estos conductos es el mismo trujillato, sobre todo en su momento de colapso, seguido por un período (el de la novela de Veloz) de considerable confusión ideológica.

El lector se acordará del apuro del héroe polinomio: cómo escribir una novela que, además de impresionar a los amigos y enemigos literarios del proto-novelistas, sea capaz de abarcar estéticamente el total de la historia dominicana a través de elaboraciones de un solo arquetipo de invasión y resistencia, un arquetipo que luego se repite en una serie de escenificaciones que culmina en «lo de Abril».

También se acordará de que el héroe/proto-novelistas nunca logra ir más allá de las oraciones iniciales del texto. En su lugar leemos la misma proto-novela, una sucesión de diálogos y monólogos pronunciados por los miembros del círculo literario del autor y transcritos por él. Sería mejor, tal vez, llamarla una «meta-novela», una especie de discurso sumamente irónico, y muy de la onda cortazariana, que se ocupa de las mismas «condiciones de posibilidad» (o imposibilidad) de contar algo.

Intercalado con esto, sin embargo, hay otra sucesión de episodios

enfocados en el personaje del coronel Aguirre, un poderoso oficial trujillista y el padre del protagonista. El coronel Aguirre es causa de considerables dificultades en la obra narrativa de Veloz. Es, desde luego, una dificultad para el narrador/protagonista, un partidario de la izquierda y aspirante a su ala intelectual y privilegiada, cuyos miembros desconfían de él por ser hijo de tal persona. Pero también es una dificultad para la narración en sí, la cual, después de crear en el coronel Aguirre el personaje más palpable y de mayor interés histórico, no encuentra la manera adecuada para darle fin. Hay (por lo menos) dos versiones contradictorias de su muerte: suicidado en los días de abril, convencido de que la intervención militar norteamericana fracasará, dejándolo a la merced de sus enemigos; y martirizado durante un intento de iniciar una revuelta militar contra Trujillo. Al terminar la novela queda claro que el coronel Aguirre es protagonista de otra sub-novela dentro de la proto-novela que no puede terminarse de modo inequívoco. Hay alusión abierta a su importancia como personaje «paradigmático» (p. 181). Pero es un paradigma que surge a falta de una dimensión uniforme y horizontal, a falta de sintagma. O tal vez con una multiplicidad indecible de ellos.

Decidir hasta qué punto uno debe acreditar los varios caminos divergentes de la narración con algún motivo estético inefable, alguna meditación imposible profunda sobre las ilusiones de la clausura narrativa, no es asunto de gran interés en el presente contexto. A un nivel, por lo menos, toda intencionalidad puesta de lado, *De abril en adelante* necesita leerse como un intento serio de generar un modelo narrativo adecuado a la experiencia del trujillato, visto desde el otro lado del vidrio de 1965.

Creemos que lo que intenta esta obra, a pesar de ser muy distinto a lo intentado por la obra de Jimenes Grullón, es igualmente fallido. El paradigma del coronel Aguirre (obviamente un tipo de bosquejo para un personaje dotado de «tipicalidad» lukacsiana), sugiere posibilidades artísticamente interesantes, pero a la larga se muestra deficiente, incapaz de completar la transición de abstracción a la realidad concreta artística. Los aspectos complejos del personaje —los mismos del trujillato visto en su totalidad de nexos internos— exceden la base de su propia unidad como personaje. Se cae dentro de los dualismos históricos ya conocidos del modelo neorromántico de *Una gestapo en América*; ni la capacidad del coronel Aguirre para redimirse ni su propensión a la malicia pueden ser derivados de la materia histórica, y al final la historia misma cae dentro del espacio ético y vacío que yace entre los dos polos opuestos. Como Jimenes Grullón cuarenta años antes, Veloz disfruta de una conciencia teórica muy amplia del problema que hay que enfrentar. Pero aquí también la teoría no puede avanzar más allá de sí misma, la iluminación abs-

tracta en cuanto a la forma apropiada no logra penetrar en el contenido. La narración de Veloz no va más allá de esta etapa teórico-reflexiva. Los dogmas estéticos de la vanguardia nos animan a proclamar este esoterismo como legítimo y valeroso en sí, pero sea como sea, el vanguardismo, con toda su desconfianza en el historicismo y en los medios épicos de representación, no puede superar el neorromanticismo cuando se trata de resolver uno de los problemas objetivos, a mi modo de ver y de leer, más imperantes de la literatura dominicana moderna.

CONCLUSIÓN

¿Existe una solución? Sin duda que sí. Si los elementos de una solución no estuvieran ya inmanentes en los medios artísticos abarcables, el problema no se plantearía de manera tan persistente en los textos. Que la literatura dominicana pueda echar mano a los recursos intrínsecos y necesarios para un realismo moderno y exitoso no es cosa de debatir, como puede verse en la reciente novela de Pedro Vergés, *Sólo cenizas hallarás (bolero)*⁶. Me parece que esta novela ha logrado, para el período 1961-1965 (aunque la novela «termina» en 1962), lo que todavía no se ha logrado para la época (tal vez compuesta de muchos períodos distinguibles) que le antecede. Pero ¿podría ser que esta inversión curiosa es, en sí, un reflejo de la medida en que las percepciones y recuerdos de la época de Trujillo, traspasados por la imagen supremamente fetichizada del dictador, sufren una falta de perspectiva, una perspectiva quizá más fácil de alcanzar cuando se trata de los años de desenlace después de la desaparición física del caudillo? La respuesta a esta pregunta requiere una investigación más detallada del tema, que, por los límites que impone este trabajo, sería imposible llevar a cabo aquí. Lo dejamos para otra ocasión.

⁶ Pedro Vergés, *Sólo cenizas hallarás (bolero)* (Valencia: Prometeo, 1980).